

España ante la Primera Guerra Mundial

FELICIANO PÁEZ-CAMINO

Madrid, 2015

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca
Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A
28015 Madrid
Depósito Legal: M-24658-2013
Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

ESPAÑA ANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

(CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA UNIVERSIDAD DE MAYORES
EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 27 DE NOVIEMBRE DE 2014)

Hace algo más de seis meses hablé en este mismo grato lugar acerca de la significación histórica de la *Gran Guerra* que se inició en 1914¹. La amplitud del tema me llevó a dejar de lado las relaciones que aquel conflicto tuvo con España. Ahora, atendiendo a la amable invitación que vuelve a hacerme la UMER, me dispongo a abordar ese asunto. Lo haré a partir de dos ideas rectoras, bien establecidas por la historiografía. La primera, que España fue, mal que bien, neutral en aquella terrible contienda, si bien muchos españoles distaron de permanecer indiferentes ante ella. La segunda que, aunque la incidencia de España en el desarrollo de la guerra fuera modesta, la guerra sí que tuvo una fuerte influencia en la evolución de nuestro país, apreciable en diversos ámbitos. Desglosaré cada una de esas ideas en dos facetas, de modo que veremos primero la neutralidad oficial de España, con sus razones, sus matices y su trayectoria; luego la movilización ideológica de los españoles a favor de uno u otro de los contendientes, atendiendo a su contenido ideológico esencial, con sus excepciones y sus paradojas; en tercer lugar abordaremos algunos aspectos de la significación que España pudo tener en aquel conflicto; y finalmente nos acercaremos al impacto económico y social, y el posible influjo político, que la guerra tuvo en España.

La neutralidad de España: razones y matices

Cinco países europeos, además de España, se mantuvieron neutrales hasta el final de la contienda. Fueron Suiza, Países Bajos y los tres Estados nórdicos entonces independientes: Suecia, Noruega y Dinamarca, aunque la primera se mantuvo más inclinada económicamente a Alemania que las otras dos. De los neutrales del sur en 1914, solo España lo siguió

¹ 1914: significación histórica de la *Gran Guerra*, “Cuadernos UMER” nº 83 (2014), que contiene, por cierto, un lapsus en su página 7, ya que el asesinato de Jean Jaurès, en vísperas del estallido de la guerra, tuvo lugar el 31 de julio (no de agosto) de 1914.

siendo, ya que los otros fueron incorporándose a la Entente (formada por Francia, Gran Bretaña y Rusia): Italia en mayo de 1915, Portugal en marzo del 16 y Grecia en junio del 17. Eso implica que, desde la entrada en guerra de Italia, España se convirtió en la potencia neutral europea más relevante, lo que vino a acrecentar las presiones que los contendientes ejercieron sobre ella.

Tres días después de que se generalizaran las hostilidades, el Gobierno español, encabezado por el conservador Eduardo Dato, oficializaba la declaración de neutralidad, mediante un real decreto publicado en la Gaceta el 7 de agosto de 1914. En él se decía que “el Gobierno de Su Majestad se cree en el deber de ordenar la más estricta neutralidad a sus súbditos españoles”. Permítaseme subrayar que el tono empleado es, a la vez, un tanto inseguro (*se cree en el deber*) y autoritario (*ordenar la más estricta...*), con uso de un término bastante tradicional y cortesano para designar a los españoles: *súbditos*.

Desde comienzos del siglo, y desde luego a las alturas de 1914, la política exterior española estaba centrada en el entendimiento con Gran Bretaña y con Francia, país este con el que compartía España, desde hacía un par de años, el protectorado de Marruecos. Se trataba además de naciones contra las que, en términos militares, parecía poco prudente entrar en guerra. De ahí que los simpatizantes de los Imperios centrales (Alemania y Austria-Hungría) jugaran más bien la carta de la neutralidad a ultranza. Lo muestra lo que el 25 de agosto de 1914 escribió Dato a su correligionario Antonio Maura: “... Alemania y Austria parecen satisfechísimas de nuestra neutralidad, que sin duda tuvo algo de sorpresa para ambas naciones, que nos creyeron comprometidos con la triple Entente”. Por su parte, los sectores oficiales favorables a la Entente no estaban tan satisfechos, como lo mostró el artículo “Neutralidades que matan” que seis días antes, el 19 de agosto, se había publicado en *El Diario Universal*, portavoz del liberal Álvaro de Figueroa, conde de Romanones, bajo la firma “X”, que muchos atribuyeron a la pluma del propio Romanones y cuya autoría este confirmó más tarde en sus memorias².

En todo caso, la no intervención militar de España fue propugnada enseguida por el Partido Socialista y la UGT, y la declaración de neutralidad fue respaldada por el conjunto de las fuerzas parlamentarias en reunión de Cortes, el 30 de octubre. En ese amplio consenso no intervencionista, fomentado por las noticias sobre la extraordinaria mortandad de los primeros choques bélicos, solo hubo algunas discrepancias categóricas, como la germanófila del carlista Juan Vázquez de Mella (en desacuerdo, por lo demás, con el pretendiente

² El resonante artículo “lo escribí en Sigüenza, hallándome en pleno agosto dando satisfacción a mi pasión favorita: la caza de codornices”. Así lo cuenta Romanones, tras precisar que su actitud aliadófila ante la Gran Guerra le “propinó los disgustos más grandes de mi vida”, en el tercer volumen de sus memorias, aparecido en 1947. Conde de Romanones: *Notas de una vida*. Madrid, Marcial Pons, 1999, p.379.

Jaime de Borbón, que, a fuer de rusófilo, era hostil a Alemania), o la aliadófila (a favor de la Entente) del caudillo republicano Alejandro Lerroux.

La contraposición entre españoles partidarios de uno y otro bando era en sí misma un estímulo para la neutralidad oficial. Esa situación de desacuerdo interno se daba en la propia Corte: la mayor parte de ella estaba, en torno a la reina madre María Cristina de Habsburgo-Lorena, muy a favor de los Imperios centrales; pero no así la reina Victoria Eugenia de Battemberg, inglesa, cuyo hermano Mauricio murió pronto combatiendo en el norte de Francia. El rey Alfonso XIII tenía pues en distinto bando a su madre y a su esposa (de la que, por cierto, empezó a distanciarse personalmente en estos años), y él, con una posición zigzagueante inspirada en cierto oportunismo, practicó a ratos una diplomacia personal, no siempre congruente con la del Gobierno “de Su Majestad”; es una actitud para la que no han faltado elogios, pero sobre la que la investigación histórica ha ido revelando pretensiones y modos no siempre encomiables.

Al inicio de la guerra, Alfonso XIII intentó protagonizar una mediación, pero el papel arbitral de España como posible sede de una conferencia internacional conciliadora se fue esfumando conforme el conflicto se estancaba, a la vez que se hacía más intenso. Luego el rey jugó, en varias direcciones, con la posibilidad de una intervención en la que su precio para que España apoyara a uno u otro bando eran la recuperación de Gibraltar, la ampliación de la presencia en Marruecos a costa de Francia y manos libres para intervenir en Portugal, donde en 1910 se había proclamado la República, con gran disgusto del monarca español. Desde comienzos de octubre del 14, Alemania entretuvo esas expectativas, ya que le resultaba fácil prometer a España, a cambio de su apoyo, territorios que no pertenecían ni a la propia Alemania ni a sus aliados.

Ahora bien, la razón de fondo más sólida y generalmente asumida para descartar la intervención española era la debilidad militar. En España había muchos militares, pero no un ejército capaz de intervenir con éxito en una guerra como aquella. El ejército español era macrocefálico, con muchos mandos y poca tropa, y de sus 130 a 140.000 hombres, más del 60 por ciento estaba en Marruecos. En el archivo Dato de la Real Academia de la Historia se encuentra el borrador autógrafo de la exposición de motivos dirigida al rey sobre la decisión del Gobierno de proclamar su neutralidad. Dato arguye con claridad en ese texto confidencial que la participación en la guerra “pondría de manifiesto nuestra falta de medios y preparación militar”.

Con todo, la neutralidad oficial de España tuvo vaivenes vinculados al desarrollo de la guerra —sobre todo en relación con las decisiones adoptadas por Alemania— y a la propia evolución gubernamental española. Estricta bajo el gobierno de Dato, la neutralidad estuvo más cuestionada cuando, entre diciembre de 1915 y abril de 1917, la jefatura del Gobierno en manos del aliadófilo Romanones coincidió con la “guerra total” protagoniza-

da por los submarinos alemanes. De hecho, en el memorándum dirigido a Alfonso XIII con que acompañaba su dimisión el 19 de abril de 1917, Romanones explicaba que él había sido partidario de la integración española en el grupo de las potencias aliadas, aunque, debido a la presión de la opinión germanófila y a la del propio rey, había seguido con la política de neutralidad, sin conseguir evitar por ello actos hostiles de Alemania como la permanente agitación en Marruecos y el hundimiento de una treintena de buques españoles. Tampoco se alteró la posición española en el resto de 1917, que fue, en España como en otros países, un año de inestabilidad gubernamental: a Romanones le sucedió el también liberal Manuel García Prieto de abril a junio del 17, a este lo reemplazó Dato de junio a noviembre, y de nuevo presidió García Prieto hasta marzo de 1918.

En este año de 1918, el último de la guerra, el Gobierno estuvo presidido, entre el 21 de marzo y el 9 noviembre, por el conservador Antonio Maura, con Dato al frente del ministerio de Estado (el encargado de los asuntos exteriores). En contraste con el acercamiento francobritánico de su anterior gobierno (de enero de 1907 a octubre de 1909), Maura se mantuvo también neutral, en consonancia con el sentir de la masa derechista que él encabezaba y a pesar de que la incautación de algunos navíos alemanes en respuesta al continuo hundimiento de mercantes españoles llegó a tensar las relaciones entre ambos países, con un ápice en el mes de agosto. Dos días antes del armisticio, y el mismo día en que se proclamaba la República en Alemania, el Gobierno de Maura era sustituido por otro de García Prieto, con Romanones en el ministerio de Estado. Ahora sí, aunque tal vez un poco tarde, el Gobierno español hizo gala de aliadofilia, sobre todo cuando, a partir del 5 de diciembre (y hasta el 15 de abril de 1919, en que volvió Maura), estuvo de nuevo presidido por Romanones, que conservó para sí la cartera de Estado.

Aliadófilos y germanófilos: división ideológica

El amplio consenso existente en España sobre la no intervención militar no significaba indiferencia, ni ausencia de toda voluntad de apoyo a uno u otro bando. Seguramente no la mayoría de los españoles, pero sí un amplio sector de la opinión pública tuvo preferencia por uno de los bloques contendientes. La clave de la división era más bien la actitud que se tuviera hacia Francia, vista como paradigma de República parlamentaria, promotora de la enseñanza laica y marco de la creatividad cultural de la *Belle Époque*. Los aliadófilos solían ser sobre todo francófilos, y así lo entendió, desde el propio título de su libro, Fernando Díaz-Plaja en un estudio pionero sobre el tema que publicó hace ya más de 40 años³. Por su parte,

³ Fernando Díaz-Plaja: *Francófilos y germanófilos. Los españoles en la guerra europea*. Barcelona, Dopesa, 1973. Un estudio reciente sobre el tema, Andreu Navarra Ordoño: *1914. Aliadófilos y germanófilos en la cultura española*. Madrid, Cátedra, 2014.

la oposición a cuanto Francia representaba nutrió, en buena medida, la germanofilia. Sería pues un tanto simplificador, pero no del todo falso, decir que el enfrentamiento entre aliadófilos y germanófilos fue en España una confrontación, con fuerte impregnación ideológica, entre francófilos y francófobos.

Ciertamente, y pese a ciertas variantes y paradojas que veremos luego, el fondo de la división era esencialmente ideológico y político. Así lo enunciaba Salvador de Madariaga, en un libro sobre España originariamente publicado en Londres en 1929: “En conjunto, la opinión liberal, anticlerical y progresiva, vagamente llamada *izquierda* era aliadófila; reaccionaria, clerical, la *derecha* era germanófila”⁴. Fue, al igual que ocurrió en Italia, sobre todo un debate urbano y de clases altas y medias, que se desarrolló en Madrid y en las ciudades costeras, escenario preferente de la pugna naval, comercial, de propaganda y de servicios secretos librada en España. Si en el interior de la Península predominaban los desinteresados por el tema y los simpatizantes de los Imperios centrales, en la periferia, más dinámica, tenían notable presencia los partidarios de los aliados. Por otra parte, la polémica estuvo protagonizada no tanto por conservadores y liberales cuanto por formaciones exteriores al sistema de la Restauración, es decir, por carlistas, regionalistas, republicanos y socialistas, que con ella ganaron visibilidad pública.

Si hubo un sector muy predominantemente aliadófilo fue el de los (ya entonces llamados, y más a partir de aquí) *intelectuales*. Hubo entre ellos un desconcierto inicial puesto que, para estos españoles *européizadores*, la guerra implicaba una escisión de la amalgama cultural europea que conformaba su horizonte, y algunos la calificaron enseguida como “guerra civil europea”. Pero pronto “casi todos los escritores de algún nombre fueron partidarios de la victoria aliada”, como afirma José Carlos Mainer en su biografía de uno de los pocos que no lo fueron⁵. El *Manifiesto aliadófilo*, publicado el 9 de julio de 1915, decía: “Nos hacemos solidarios de la causa de los aliados, en cuanto representa los ideales de la justicia, coincidiendo con los más hondos e ineludibles intereses políticos de la nación”. Lo firmaban figuras de varias generaciones —unas consagradas, otras en trance de afirmación— como Galdós, Unamuno, Antonio Machado, Ortega y Gasset, Marañón, Ramón Pérez de Ayala (que fue probablemente quien lo redactó), Américo Castro, Ramón Menéndez Pidal, Fernando de los Ríos, Manuel Azaña, entre otros muchos. Figuraba también Valle-Inclán, que se distanciaba así de sus coqueteos con el car-

⁴ Salvador de Madariaga: *España. Ensayo de historia contemporánea*. Madrid, Espasa-Calpe, 1976, p.249. (Madariaga puntualizaba a continuación que en realidad se trataba de “etiquetas cómodas y populares” aplicadas a “actitudes mentales y emotivas” contrapuestas sobre cuestiones de fondo). El esquema binario ideológico es enunciado con claridad, ya en 1916, por Álvaro Alcalá Galiano en su estudio “España ante el conflicto europeo” (citado en Navarra Ordoño, p.12).

⁵ José Carlos Mainer: *Pío Baroja*. Madrid, Taurus, 2012, p.228.

lismo; y, con trayectoria en sentido inverso, Ramiro de Maeztu, que en 1916-18 llevaría a cabo su viraje ideológico que lo alejó de esta posición.

Entre los firmantes del Manifiesto estaban también muy destacados músicos y pintores como Manuel de Falla, Joaquín Turina, Amadeo Vives, Ramón Casas, Julio Romero de Torres, Santiago Rusiñol..., lo que no es extraño porque, entre los creadores de arte, la vinculación con Francia era intensa. Desde finales del XIX era relevante la presencia en París de artistas españoles, bastante relacionados entre sí y con artistas franceses (y rusos, como Stravinski o Chagall). Recordemos, como ejemplo simbólico, que el famoso retrato escultórico en bronce de Picasso, con flequillo, por Pablo Gargallo está hecho en París en vísperas del estallido de la guerra. Ambos artistas habían ido allí en 1903, aunque Gargallo no se estableció hasta 1912. En la Francia de 1914 estaban, entre otros, Julio González desde 1900 (en contacto con el rumano Brancusi), Juan Gris desde 1906 (a quien la guerra sorprendió en Collioure, en compañía de Matisse), Marie Blanchard desde 1910, muy en contacto con Gris. Manuel de Falla residió en París de 1907 a 1914, y en este año estrenó allí la ópera *La vida breve*.

En cambio, para muchos de los que se movían en el ámbito de las ciencias sociales, las razones ideológicas tuvieron que prevalecer, no sin algún desgarró, sobre las vinculaciones culturales. La apuesta de la mayoría de estos intelectuales por Francia e Inglaterra tenía un componente esencialmente político, el modelo de democracia parlamentaria, ya que, en los aspectos culturales, el atractivo francés o británico, quedaba contrapesado por la influencia que la cultura alemana tenía en muchos de ellos, desde el más lejano krausismo a las recientes experiencias formativas (muchas de ellas impulsadas por la Junta para Ampliación de Estudios) en casos como los de Ortega, Besteiro, de los Ríos, Negrín... Refiriéndose a ellos dice Álvaro Lozano, en el capítulo dedicado a “España ante la guerra” en su libro sobre la Gran Guerra, que “su germanofilia cultural, a la que nunca renunciaron, era perfectamente compatible con la aliadofilia política dominante de la mayoría de ellos”⁶.

En el caso de los socialistas, la simpatía política por los francobritánicos, más allá de su apuesta oficial contra la guerra, se imponía al hecho de que el SPD alemán era la principal fuerza socialista de Europa, el *partido-guía*, y había conseguido impulsar una política social relativamente avanzada en el Reich. Lo que podría definirse como *pacifismo aliadófilo*, predominante en el socialismo español y otros sectores de la izquierda, fue tomando cuerpo en las páginas de *El Socialista*, donde se subrayaba la responsabilidad del militarismo alemán en el origen de la guerra y en algunas de sus manifestaciones más crueles. Fue Luis Araquistain, que se había afiliado al PSOE desde Londres en enero de 1914, quien con

⁶ Álvaro Lozano: *La Gran Guerra (1914-1918)*. Madrid, Marcial Pons, 2014, p.410.

más perseverancia desarrolló el discurso de la aliadofilia sin intervención armada (por penuria militar, entre otras cosas): “Está bien que oficialmente seamos neutrales los españoles; pero, como ciudadanos, no solo de España, sino de Europa, tenemos el deber, más que el derecho, de no serlo”, escribía, el 19 de febrero de 1915, en las páginas de *España*, revista en cuya dirección reemplazaría a Ortega a finales de ese año. Con todo, encontramos entre las tomas de posición germanófilas a algunos entonces jóvenes, como Margarita Nelken o Luis Jiménez de Asúa, que luego serían figuras destacadas del socialismo.

Hay por parte de estos aliadófilos, imbuidos algunos de cultura germánica, un empeño en no amalgamar y denostar todo lo alemán. En *España* se publica, el 18 de enero de 1917, un manifiesto de la Liga Antigermanófila, que aclara: “La Liga Antigermanófila no es germanófoba. Admira en Alemania lo que en ella hay de grande y permanente y repudia de ella lo que pugna con el espíritu libertador de la Historia. No simpatiza con el Estado alemán porque significa la negación de las pequeñas nacionalidades, en su política exterior, y de la democracia, y en general del espíritu civil, en el interior; pero siente, como formada por hombres, los dolores que en estos momentos sufre el pueblo alemán, digno de otro régimen de gobierno y de más nobles destinos”.

Por lo que respecta a la germanofilia, esta quedó, en líneas generales, asociada con la derecha, de la que llegó casi a convertirse en una de sus señas de identidad; arraigó con fuerza en el ejército, la iglesia católica y la aristocracia, y se difundió ampliamente con el apoyo de buena parte de la prensa. Su presencia en los sectores intelectuales fue netamente menor que la de sus rivales aliadófilos, y los escritores germanófilos más activos, como Ricardo León y José María Salaverría, exaltaron, más que la cultura alemana, la disciplina y el militarismo prusianos. En su número del 18 de diciembre de 1915, el diario *ABC* publicó un *Manifiesto germanófilo*, cuyos firmantes, “afirmando la neutralidad del Estado español, se complacen en manifestar la más rendida admiración y simpatía por la grandeza del pueblo germánico, cuyos intereses son perfectamente armónicos con los de España”. Las firmas eran menos resonantes que las del Manifiesto aliadófilo, a no ser la de Jacinto Benavente. Figuraban otros autores teatrales como Carlos Arniches, Sinesio Delgado y Pedro Muñoz Seca; estaban algunos artistas como el pintor Francisco Pradilla y el escultor Aniceto Marinas; y entre los ideólogos y políticos la figura más destacada era Vázquez de Mella.

Hubo también posiciones neutralistas, que ya por entonces fueron calificadas de germanofilia matizada o vergonzante, como la representada por Eugenio d’Ors, promotor de un temprano manifiesto *Por la Unidad Moral de Europa*, presentado en Barcelona el 27 de noviembre 1914. Eran personas capaces de rechazar ciertos excesos alemanes, como la destrucción de la universidad de Lovaina, pero que reivindicaban con énfasis la neutralidad a ultranza, sobre todo cuando arreciaban las agresiones de los submarinos alemanes.

La germanofilia –y francofobia– del clero, bastante compacta, contribuyó a la divulgación de las posiciones germanófilas. En un estudio centrado en la situación de España en estos años, leemos: “A lo largo de los cuatro años de guerra, la Iglesia fue la institución que ofreció la posición más ventajosa y el soporte ideológico más coherente para la causa alemana”⁷. En ese sentido iban las observaciones de Azaña sobre “Los motivos de la germanofilia”, título de una conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid en mayo de 1917. Tras documentar su visión de la germanofilia como una francofobia de motivación reaccionaria y estirpe católica, Azaña hacía este sabroso comentario: “De este grupo salieron las primeras y más violentas exaltaciones germanófilas al estallar la guerra, viendo en ella y en la consiguiente pérdida de Francia una manifestación de la justicia divina. Por eso hemos leído artículos que parecían sermones y oído sermones que parecían libelos, en que se llamaba a la espada del Káiser la espada de Dios encargada de aniquilar París, foco de abominaciones. Convengamos en que esta imagen oratoria es peligrosísima, porque si ahora resulta que Francia no es vencida tendrán esos señores que confesar que Dios ha cambiado de parecer y ha envainado el sable justiciero.”

Los tópicos históricos que presentaban –y alguna vez aún presentan– a Francia y Gran Bretaña como sempiternos enemigos de España, y que se cultivaban mucho en cuarteles y templos, eran uno de los alimentos argumentales de las posiciones germanófilas. Así de claro lo vio el embajador de Italia en Madrid en carta a su ministro, el 3 de febrero de 1916: “Aquí será siempre difícil la lucha contra unos prejuicios mantenidos vivos por el fanatismo religioso y militar, y por las históricas antipatías hacia los ingleses detentadores de Gibraltar, hacia los franceses invasores en 1808, hacia los italianos expoliadores de la Santa Sede; porque, por extraño que parezca, son siempre estos mismos anticuados conceptos los que abren todavía en la masa de la opinión pública española el surco en el cual cae fecunda la semilla de la propaganda alemana.”⁸.

Aliadófilos y germanófilos: excepciones y paradojas

Excepción destacada a la aliadofilia dominante de los intelectuales fue Jacinto Benavente, que hasta entonces pasaba por ser un escritor de ideas avanzadas. De hecho, intentó seguir siéndolo, o pareciéndolo, y en la misma fecha en que aparecía su firma en el Manifiesto germanófilo (el 18.XII.1915), escribía, en *La Tribuna*, en un artículo titulado “Amistad hispano-germana”: “Yo creo y dije y repito (...) que de Alemania recibe el mundo la

⁷ Francisco Romero Salvadó: *España, 1914-1918: entre la guerra y la revolución*. Barcelona, Crítica, 2002, p.13

⁸ Citado en Fernando García Sanz: *España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y traficantes*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, p.235.

mejor lección de socialismo. Y como creo que el mundo, dentro de algunos años, será socialista o no será, tengo la lección por muy provechosa”⁹. La posición germanófila del autor teatral tuvo reflejo en su propia obra, ya que *La ciudad alegre y confiada* pudo entenderse, al ser estrenada en 1916, como un alegato contra toda intervención proaliada. En sentido contrario encontramos posiciones como la de *Azorín*, que no se desdijo de su francofilia pese a que ya se había hecho conservador, y publicó en el germanófilo *ABC* artículos que, en 1921, recogería en su libro *Entre España y Francia (páginas de un francófilo)*. La combinación de conservadurismo sobrevenido y francofilia mantenida se da también en Armando Palacio Valdés.

Pero el caso más llamativo y tenaz de inversión del razonamiento común es el que practicó Pío Baroja, que justificó su peculiar germanofilia con argumentos opuestos a los habituales entre los germanófilos, con los que siempre quiso guardar distancias. Recogió sus artículos sobre el tema en *Nuevo tablado de Arlequín*, bajo el apartado “Alrededor de la guerra”, a la vez que participaba en el aliadófilo semanario *España*. Al término de la guerra, el humorista Julio Camba, en un artículo publicado en el diario *El Sol* el 13 de noviembre de 1918, ofrecía este resumen de la situación: “Los militaristas, los clericales y los conservadores demostraron un instinto certero al ponerse, desde un principio, al lado de Alemania. Los republicanos, los socialistas, etc, tampoco parece que sufrieran un grave error al apoyar, en lo posible, la causa aliada. Sólo Baroja, entre veinte millones de españoles, esperaba la revolución del triunfo alemán, y sólo él, entre quince millones de germanófilos, lo era por motivos liberales y anticatólicos. El último sacristán de pueblo, el último teniente de guarnición en provincias, el último socio del último Casino republicano vio claro lo que se discutía en la guerra europea, y Baroja, escritor ilustre, estuvo cuatro años sin enterarse.”¹⁰.

En la cuestión religiosa existía una —quizá solo aparente— paradoja: los librepensadores españoles apoyaban a una Francia de tradición predominantemente católica porque era democrática y laica, mientras que los católicos apoyaban a una Alemania predominantemente luterana porque era más autoritaria y se oponía a la descarriada Francia. Sin embargo, la propaganda oficial francesa, mas fundamentada en el tópico que en el conocimiento de la realidad, se empeñó en dirigirse con preferencia a los católicos españoles, y hubo por parte de círculos franceses —y también italianos— intentos fallidos de atraer a las jerarquías católicas españolas a posiciones menos germanófilas. Parece

⁹ En Santos Juliá: *Nosotros, los abajo firmantes. Una historia de España a través de manifestos y protestas (1896-2013)*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, p.176. De este repertorio comentado están también tomadas las citas de los anteriores manifestos.

¹⁰ Julio Camba: *Caricaturas y retratos*. Madrid, Fórcola, 2013, pp.52-53. Como se observa, según Camba en España predominaban en número los germanófilos.

que, en cambio, los alemanes tuvieron desde el principio claro quiénes eran los suyos en España, como lo muestra el que, cuando ocuparon Bruselas, destruyeran el monumento erigido allí a Francisco Ferrer Guardia.

Otra situación con elementos paradójicos es que muchos catalanistas, sobre todo los que se consideraban de izquierdas, destacaron por su aliadofilia, siendo así que Francia era una República unitaria y poco amiga de descentralizaciones, en contraste con la diversidad interna alemana y, sobre todo, austriaca¹¹. El español que más prosa aliadófila (y vehemente) produjo entre 1914 y 1918 fue el catalanista Antoni Rovira i Virgili; y muy activo también en la aliadofilia fue el mallorquín Gabriel Alomar, autor en 1917 de *La guerra a través de un alma*. Aliadófila y catalanista liberal fue *Iberia*, una revista bilingüe, aparecida el 10 de abril de 1915 y que tuvo vida hasta 1919. En ella publicó Unamuno, en 1915 y 1916, ocho artículos que condensan los muchos, y apasionados, que escribió sobre el tema. No obstante, hubo neutralistas en el catalanismo político y germanófilos en la cultura catalana, firmantes de un Manifiesto de Amistad Hispano-Germana (Barcelona, octubre de 1916), entre ellos el arqueólogo Pere Bosch Gimpera, más tarde importante protagonista de la cultura republicana y exiliada.

También pudiera sorprender, sobre todo a quienes no estén familiarizados con ciertas incongruencias del anarquismo, que algunos ácratas fueran captados para colaborar con las actividades alemanas en España. El asunto fue algo más que anecdótico, como lo revela el hecho de que, según un estudio de reciente publicación, “el propio diario anarquista *Solidaridad Obrera*, vendido a los alemanes, tuvo que corregir su rumbo con la entrada en la dirección de Ángel Pestaña, a finales de 1917”¹².

En ocasiones, un mismo autor cambiaba de enfoque según el medio en el que escribía. Los intencionados dibujos del gran caricaturista Luis Bagaría pasaron de cierto sesgo contrario a los aliados en las viñetas que publicaba en el germanófilo y conservador *La Tribuna* a una creciente actitud aliadófila en su destacada colaboración en *España* desde comienzos de 1915, con agudas críticas al militarismo alemán (representado por una cabeza cuadrada con la punta del casco prusiano en la cima del cráneo) y al propio káiser. Entretanto, Bagaría mantenía un fondo pacifista, como lo mostró en una viñeta protagonizada por niños víctimas del conflicto que se reivindicaban a sí mismos como “huerfanófobos”, o en la carta que publicó en *La Tribuna*, el 12 de marzo de 1916, en la que confesaba: “Creo que la guerra es una barbarie de las más odiosas e incompre-

¹¹ Sobre este tema pueden verse David Martínez Fiol: *El catalanisme i la gran guerra (1914-1918). Antologia*. Barcelona, Edicions de la Magrana, 1988; y Joan Safont i Plumed: *Per França i Inglaterra: la I Guerra Mundial dels aliadòfils catalans*. Barcelona, Acontravent, 2012.

¹² García Sanz, pp.307-308.

sibles en nuestra época civilizada. (...) El crimen me repugna, cométalo un alemán, cométalo un francés”. También hubo matices en la polarización de la prensa: no faltaron publicaciones que dieran acogida a encontradas posiciones; por ejemplo, *El Imparcial* del domingo 21 de septiembre de 1916 se abría con un artículo de Ricardo León, maurista y germanófilo, y otro de Manuel Ciges Aparicio, republicano y aliadófilo.

Significación de España y participación de los españoles

Algunos españoles participaron en el conflicto en las filas de la Legión Extranjera francesa, combatiendo en Francia y en los Balcanes. Las cifras que se dan sobre su número son imprecisas, ya que oscilan entre los 2.000 y los 12.000; entre ellos hubo más de un millar de catalanes. Por otra parte, en Argelia, varios cientos de hijos de españoles se alistaron en algunos de los regimientos de tropas indígenas, como los tiradores o los zuavos. En un reciente artículo de una revista de divulgación histórica se proporciona una cifra de bajas de nacionalidad española: 940 muertos, en combate o por heridas, y unos 2.900 heridos¹³. Se llevaron a cabo, por otra parte, diversas visitas de personalidades españolas a los frentes, sobre todo del lado aliado, como la que hicieron en 1917 al frente italiano Unamuno, Américo Castro, Santiago Rusiñol y Manuel Azaña, de la que quedan testimonios fotográficos.

Hubo un escritor español cuya obra tuvo influencia en la imagen internacional de la guerra y tal vez hasta en su desarrollo. Fue Vicente Blasco Ibáñez, autor de una novela tan resonante como *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, que empezó a redactar en noviembre de 1915 y publicó al año siguiente. Es “la” novela española sobre la Gran Guerra (en realidad, sobre su primer año y medio). Tuvo mucho éxito fuera de España, sobre todo en Estados Unidos, donde puede que contribuyera a la implicación popular en la causa aliada, y fue luego objeto de adaptaciones cinematográficas, empezando por la protagonizada por Rodolfo Valentino en 1921. El fértil novelista valenciano tomó desde luego partido por Francia y los aliados, pero su obra dista de ser puro maniqueísmo y en ella queda dibujado claramente el horror de la guerra. Luego escribió *Mare Nostrum*, centrada en la crisis de los submarinos, que fue compuesta entre agosto y diciembre 1917, y de la que Enrique Díez Canedo dijo (en la revista *España* el 17.I.1918) que tenía la virtud “de haber asociado, en los días más dolorosos, el grito de una España herida al clamor universal”. Blasco publicó, ya en 1919, una tercera novela sobre el tema, *Los enemigos de la mujer*, y patrocinó asimismo una *Historia de la guerra europea de 1914*, editada en 9 tomos, de 1914-1921.

¹³ En *La Aventura de la Historia*, nº 190, Madrid, agosto de 2014.

Una española que no tuvo que ir a la guerra para verla de cerca porque ya estaba allí fue Sofía Casanova. Nacida en Coruña en 1861 y casada con un polaco, vivía en Varsovia al estallar el conflicto y prestó servicios de enfermería. Sus crónicas entre octubre de 1915 y diciembre de 1916, publicadas en su mayor parte en *ABC*, e integradas a continuación en *De la guerra: crónicas de Polonia y Rusia*, constituyen un testimonio directo desde una actitud de neutralidad humanitaria, tras la que se vislumbran sobre todo las atrocidades alemanas.

A un gran músico español la guerra submarina practicada por Alemania le costó la vida. El 24 de marzo de 1916, otro barco de pasajeros, el francés *Sussex*, fue torpedeado por un submarino *UB29* frente a las costas de Boulogne, en el canal de la Mancha y, aunque no llegó a ser hundido, el ataque provocó la muerte de unos ochenta de sus ocupantes, entre ellos, además de numerosos ciudadanos norteamericanos, el compositor español Enrique Granados que, junto a su esposa, regresaba de estrenar una versión operística de sus *Goyescas* en el Metropolitan de Nueva York, estreno que no había podido realizarse en París a causa de la guerra¹⁴.

A raíz de la entrada en guerra de Italia en mayo de 1915, España, además de convertirse en la potencia neutral más relevante en Europa, quedó siendo la única que no estaba en la vecindad alemana, sino en una posición geoestratégica más próxima a las fuerzas occidentales de la Entente. Fue una importante suministradora de mercancías, sobre todo a los aliados, pero también base de aprovisionamiento y escala de los submarinos germanos. El espionaje se intensificó en ella desde finales de 1915, en particular en las ciudades portuarias, utilizando como base las representaciones consulares, y se infiltró a veces en instituciones españolas, convirtiendo, por ejemplo, en confidente de los servicios de información alemanes al jefe de la policía barcelonesa, Manuel Bravo Portillo, que fue por ello detenido en junio de 1918. También fue corriente la compra de periódicos, o el suministro de recursos a los ya favorables, fomentando campañas como la que emprendió la prensa de derechas contra el Gobierno de Romanones cuando este tendía a inclinarse a favor de los aliados¹⁵.

También la voluntad de acción de Alfonso XIII pudo tener alguna influencia en la guerra. Entre las iniciativas poco meditadas que, a veces excediéndose en sus atribuciones, tomó el monarca por su cuenta, figura una un tanto llamativa: habiendo

¹⁴ Otros hundimientos resonantes fueron el del trasatlántico *Lusitania*, el 7.V.15, con 1.200 muertos; y el del vapor *Vigilantia*, el 19.III.17, que activó la entrada en guerra de Estados Unidos.

¹⁵ Además de en el citado libro de García Sanz, el tema del espionaje en España ha sido recientemente estudiado en Eduardo González Calleja y Paul Aubert: *Nidos de espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial, 1914-1919*. Madrid, Alianza, 2014.

entrado Italia en guerra, ofreció al papa Benedicto XV, el 25 de mayo 1915, que se instalara en “El Escorial como su residencia mientras dure esta terrible conflagración europea”¹⁶. Pero hubo una acción del rey generalmente apreciada: en su entorno se desarrolló una labor humanitaria y mediadora, coordinada desde un departamento establecido en el Palacio Real conocido como *Oficina Procautos*, activa, sobre todo en la segunda mitad de 1915 y en 1916, en la busca de desaparecidos, repatriaciones, peticiones de indultos¹⁷, etcétera. Ello le supuso al rey un desembolso de más de un millón de pesetas (de un patrimonio personal cifrado en unos 41 millones), le valió numerosos reconocimientos y suele consignarse en el haber de su reinado; en un sólido estudio biográfico subtítuloado *El rey polémico*, leemos que “no hay un aspecto más satisfactorio que este en la biografía de Alfonso XIII”¹⁸. El propio rey estaba orgulloso de él, así como de no haber intervenido militarmente en la guerra. “¿Cuál es el acontecimiento de más trascendental importancia y de mayor beneficio de su reinado?”; a esta pregunta que le formuló Julián Cortés Cavanillas, en Roma en 1933, el monarca destronado contestó enseguida: “La neutralidad durante la Gran Guerra”.

Una apócrifa aportación epilodal de España a la guerra fue la gripe llamada “española”: una pandemia de la que se afirma que mató a entre 21,5 y 39,3 millones de personas, y por la que resultaron más afectados quienes tenían ente 14 y 44 años. El primer brote conocido se produjo en Madrid en mayo de 1918 –tal vez divulgado al amparo de las fiestas de san Isidro– y fue difundido sin la censura que afectaba a los beligerantes; tal es la probable razón del adjetivo “española” para una enfermedad de la que todavía se discute si se inició en Estados Unidos o en China. Tras la primera oleada de la primavera de 1918, hubo otra, la más fuerte, en otoño de ese año, y luego otras dos, al inicio de 1919 y también al inicio de 1920. Para los historiadores no está del todo claro el sentido de la relación entre la gripe y la guerra, ya que, si bien hay razones para pensar que el ambiente bélico propició su desarrollo, hay indicios de que la gripe pudo acelerar la conclusión de las hostilidades.

¹⁶ García Sanz, p.54.

¹⁷ Entre los belgas que fueron objeto de mediación figuró el historiador Henri Pirenne. En cambio, fue desatendida la solicitud de clemencia realizada en favor de Edith Cavell, enfermera británica de la Cruz Roja en un hospital de Bruselas, que dio refugio a unos 200 soldados (británicos, franceses, belgas) y los ayudó a escapar, siendo fusilada por las autoridades alemanas de ocupación el 12 de octubre de 1915.

¹⁸ Javier Tusell y Genoveva G. Queipo de Llano: *Alfonso XIII. El rey polémico*. Madrid, Taurus, 2001, p.301. Las referencias a su desembolso y patrimonio, en pp. 279 y 301. Una notable recopilación de estudios sobre la actuación del rey es Javier Moreno Luzón (ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono*. Madrid, Marcial Pons, 2003.

El impacto económico y social de la guerra en España

Es sabido que la Gran Guerra tuvo una fuerte influencia económica en España, con derivaciones sociales, políticas y culturales. Sin ese contexto se explican difícilmente la crisis de 1917 y las tensiones posteriores en Andalucía (el trienio “bolchevista” de 1918 a 1920, del que habló Juan Díaz del Moral), o en Cataluña: la huelga de la Canadiense en Barcelona desde febrero de 1919 y luego el pistolero anarquista y patronal, con un rastro que llega hasta el golpe de Estado de 1923.

La economía española experimentó un fuerte incremento de la exportación de productos agrarios (salvo cítricos), textiles, metalúrgicos y otros, demandados excepcionalmente por países beligerantes y por terceros países ahora peor aprovisionados por aquellos. Eso, unido a la restricción de las importaciones, dio lugar a un superávit, entre 1915 y 1919, de la tradicionalmente deficitaria balanza comercial, y aún más de la balanza de pagos (gracias al incremento de fletes y a la llegada de capitales extranjeros refugiados), lo que permitió el rescate de buena parte de la deuda exterior española.

Se consolidó asimismo el proceso de industrialización que se había dinamizado a finales del siglo anterior: en la década de 1910 a 1920 la población activa en la industria pasó del 16 al 22 por ciento. Hubo un crecimiento muy apreciable de la explotación de hierro en el País Vasco y de carbón en Asturias; esta región adquirió entonces buena parte de su configuración social, ya que los mineros asturianos pasaron, a lo largo de la guerra, de ser 17.000 a 40.000. Obtuvieron espectaculares ganancias las compañías navieras, hulleras, siderometalúrgicas, químicas, textiles... La banca se expandió, desplazó su centro de gravedad de Cataluña al País Vasco, y financió la industria a partir de entonces. Capitales españoles se apoderaron de empresas en manos de extranjeros, como las ferroviarias. Frente a la oligarquía tradicional, se afianzó una burguesía urbana, ligada a los negocios industriales y financieros.

El que buena parte de la producción marchara a mercados extranjeros provocó desabastecimiento y alza de precios; cuantifica esta inflación la subida media, desde una base 100 en 1914, a 223 en 1920. Hubo incrementos de salarios, a menudo vinculados al aumento de la presión sindical, pero —al menos hasta 1919— no subieron al mismo ritmo que los precios, con un desfase mayor en la agricultura. Ello agravó la desigualdad de ingresos y rentas y, por ende, la conflictividad laboral: muchos españoles estaban perdiendo poder adquisitivo mientras contemplaban el rápido enriquecimiento de algunos.

Las migraciones internas se acentuaron (Madrid pasó de 600.000 a 750.000 habitantes en esta segunda década del siglo) y también algunas al exterior: la emigración laboral a Francia, donde buena parte de la mano de obra había sido llevada al frente, fue de 200.000 personas entre 1916 y 1918. Por otra parte, la guerra forzó algunos retornos, como el de

Falla (aunque no el de Picasso), y algún establecimiento en España de familias inopertunamente mixtas, como la que formaban el padre alemán y la madre francesa de Max Aub, nacido en París en 1903 y arraigado en Valencia desde 1914.

No faltaron españoles que pensaron que la acumulación de riqueza deparada por la neutralidad en la guerra era una ocasión propicia para dar un impulso a bienes comunes, pero los avances en ese terreno fueron escasos. Sectores conservadores de empresarios y políticos impidieron, mediante una intensa campaña de propaganda acompañada de obstrucción parlamentaria, la aprobación en 1916 de un intento de reforma fiscal de carácter progresivo, el proyecto de ley “de Beneficios Extraordinarios”, promovido por el ministro de Hacienda Santiago Alba¹⁹, que pretendía gravar los beneficios relacionados con la guerra, nutriendo así un presupuesto extraordinario destinado a instrucción pública, regadíos y construcción de carreteras. En la oposición a tal proyecto destacó el líder catalanista Francesc Cambó, junto con los navieros vascos vinculados al nacionalismo, lo que constituye un ejemplo de confluencia de intereses entre los nacionalismos periféricos y la derecha española.

Durante el conflicto y en los primeros años de la posguerra (término este cuyo uso empezó a generalizarse al final de esta guerra), se acentuaron los cambios sociales y culturales, en particular a partir de 1917, año de convulsiones internas y externas —en especial en Rusia— que hizo exclamar a José María Salaverría, uno de los más copiosos germanófilos, “¡Vete ya, inmundo año 1917!” (al final de un párrafo publicado en *ABC* el 5.I.1918). Se produjo un fuerte aumento de la afiliación sindical, sobre todo en la CNT. Desde 1915 el anarcosindicalismo desarrolló su implantación en las comarcas agrícolas valencianas y, entre los años 1916 y 19 fraguó su hegemonía en Cataluña, en tanto que el lerrouxismo empezó a perder influencia en el campo proletario. Un cambio generacional en el anarquismo catalán (patente en el Congreso de Sans, del verano de 1918) llevó a primer plano a figuras como Ángel Pestaña y Salvador Seguí. También en torno a 1917 se hizo presente una nueva generación de dirigentes socialistas y de la UGT: Prieto, Largo Caballero, Fernando de los Ríos. El PSOE pasó en las elecciones legislativas del 24 de febrero de 1918 de uno a seis diputados (a Iglesias se añadieron Largo, Prieto, Besteiro, Anguiano y Saborit) y obtuvo siete concejales por Madrid en las elecciones municipales de 1920. En parte como reacción, aparecieron focos de sindicalismo católico en la Castilla septentrional y el País Vasco.

¹⁹ Liberal de izquierdas, Santiago Alba formaba parte del Gobierno encabezado por Romanones, en el que, el 30 de abril de 1916, pasó de la cartera de Gobernación a la de Hacienda. Un resumen del intento de reforma de Alba, en José M^a Marín Arce: *Santiago Alba y la crisis de la Restauración*. Madrid, UNED, 1990, pp.38-61.

Fue patente el aumento de la presencia militar en la vida pública, a través de las *Juntas de Defensa*, pero hubo también un auge de reclamación civil de un nuevo tipo de ejército; el estudio que Azaña publicó en 1919 sobre el ejército francés sería la base de su acción, doce años después, como ministro de la Guerra. Hubo un reflejo en España de la incorporación de las mujeres a la vida laboral que tuvo lugar en los países contendientes. En el contexto de la posguerra surgieron asociaciones femeninas, inicialmente de signo conservador: la *Asociación Nacional de Mujeres Españolas*, y *Acción Católica de la Mujer*, ambas en 1919. Al año siguiente, los lectores de *El Mundo* fueron invitados a escoger a las diez primeras españolas que podrían llegar a sentarse en el Congreso de los diputados; figuraron en la lista Emilia Pardo Bazán, Carmen de Burgos, Sofía Casanova, Margarita Nelken (que en el decenio siguiente sería efectivamente diputada en las tres legislaturas republicanas), Concha Espina, María Guerrero... En la literatura puede apreciarse también una mayor presencia femenina y con una mirada más propia.

La literatura española sobre la Primera Guerra Mundial tuvo en general un carácter fragmentario, con abundancia de textos que se sitúan entre el reportaje y el relato literario, y con cultivadores tan diversos como Carmen de Burgos, Emilia Pardo Bazán, Luis Araquistain, Ricardo León... Solo Blasco, autor también de cuentos apreciables (“El monstruo”, “Un beso”, “La loca de la casa” etc.)²⁰, se atrevió a la vez con largas novelas. Si él tiene la primacía en la cantidad, la mayor modernidad literaria la ostenta seguramente Valle-Inclán, que escribió, a finales de 1916, los 34 breves capítulos que componen *La media noche. Visión estelar de un momento de la guerra*; es la descripción de un solo día en un escenario múltiple que abarca todo el frente nordeste, desde Verdún a Calais. Muy apreciados fueron también los reportajes que Agustí Calvet, *Gaziel*, publicó en *La Vanguardia* y que dieron lugar a varios libros, entre ellos *De París a Monastir*, publicado en 1917.

Contamos también con un testimonio ambiental de Wenceslao Fernández Flórez, que publicó en 1930 *Los que no fuimos a la guerra*, ampliación de una novela corta de 1916, titulada *Al calor de la hoguera*; ahí se retratan con humor las pugnas de aliadófilos y germanófilos en una ciudad llamada *Iberina*. En la novela más conocida de este autor, *Volvoreta*, publicada en 1917, encontramos (en su capítulo X) un comentario que refleja el ambiente bélico que se respira en Europa: a propósito de un personaje, Rodeiro, que participa en una cacería pese a su escaso gusto por esa actividad, Fernández Flórez escribe: “Suponía de buena fe que si sus compañeros llegaban a descubrir que no era cazador ni creía en las patrañas cinegéticas, le fusilarían en un rincón del monte, como a un espía que pudiese venderlos”. Entre las creaciones literarias posteriores ambienta-

²⁰ Edición reciente, con prólogo de Emilio Sales: *Cuentos de la Gran Guerra*, Madrid, Clan, 2012.

das en España —en este caso, en Barcelona— durante la Gran Guerra, podemos recordar la exitosa novela *La verdad sobre el caso Savolta*, que Eduardo Mendoza publicó en 1975.

El estallido del conflicto dejó también honda huella en Antonio Machado, visible sobre todo en su poema *España, en paz*, fechado en Baeza el 10 de noviembre de 1914. En él, tras hacer una poderosa descripción de los males de la guerra, el poeta expresa una satisfacción, de estirpe quijotesca, por el hecho de que España no haya entrado en ella, si bien matizada con el temor de que se trate de una “paz cobarde”. Lo que Machado poetiza es un ejemplo de la complejidad de sentimientos con que muchos españoles siguieron el conflicto en el que no participaban pero que sentían que les incumbía.

Y si tuviéramos que aducir una sola muestra del resonante impacto cultural de la contienda en España, tal podría ser la existencia consagrada de una llamada *Generación del 14*, encabezada por Ortega y Gasset, más abierta al mundo y diversa en sus ocupaciones e inquietudes que la anterior del 98. Abarca a gentes nacidas en los años 80 y primeros 90 del siglo XIX y que en 1914 tenían entre los 33 o 34 años de Azaña, Juan Ramón Jiménez o Picasso y los 22 de Claudio Sánchez-Albornoz, Juan Negrín o Victoria Kent.

La influencia de la Primera Guerra Mundial en la evolución política de España

Tras la guerra, los españoles pudieron apreciar que se había producido una amplia mutación en el contexto político internacional, cuya manifestación más obvia era la crisis de las monarquías. Tras la quiebra de la portuguesa en octubre de 1910, durante la guerra se había hundido el imperio ruso, a su término los imperios austro-húngaro y alemán, y poco después el otomano. Desde el inicio de la guerra, Ortega expresó reiteradamente su idea de que esta podía y debía tener influencia aquí. En el saludo de presentación de la revista *España*, a comienzos de 1915, escribía: “El momento es de una inminencia aterradora. La línea toda del horizonte europeo arde en un incendio fabuloso. De la guerra saldrá otra Europa. Y es forzoso intentar que salga también otra España”.

En esos días, Francisco Giner de los Ríos redactaba el que sería su último escrito publicado, ya que murió el 18 de febrero de 1915 (en 2015, se cumplen, pues, cien años). En él sugería lúcidamente Giner el horizonte de la Sociedad de Naciones que se haría realidad tras la guerra: “la opinión liberal en España desearía caminar hacia una organización eficaz de las relaciones entre los pueblos, sea por medio de arbitraje, sea bien por verdadera organización política”²¹.

²¹ Se publicó en el nº 5, febrero de 1915, de la revista *España*, y, tras la guerra, en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, nº 707, Madrid, 28.II.1919, p.33.

Conforme a la orientación ideológica de la mayor parte de quienes la encarnaban, la aliadofilia fue adquiriendo un carácter de reivindicación democrática hacia el interior, como lo muestra el mitin aliadófilo celebrado en Madrid el 27 de mayo de 1917, convocado por la revista *España*, en el que se oyeron fuertes ataques al régimen alfonsino. Intervinieron en él, además de dirigentes políticos como Melquíades Álvarez, Alejandro Lerroux o Álvaro de Albornoz, hombres de ciencia y letras como Luis Simarro y Miguel de Unamuno, que profetizó “la paz será roja”.

En los días últimos de la guerra, la opinión aliadófila y democrática se movilizó en favor de la incorporación de España a la prevista Sociedad de Naciones. En las acogedoras páginas de la revista *España* (órgano destacado, como se puede apreciar, de la vida intelectual y política de estos años), se publicó, el 7 de noviembre de 1918, el llamamiento de una Unión Democrática Española para la “Liga de la Sociedad de Naciones Libres”, que concluía en estos términos: “Españoles: ha llegado la hora de demostrar que somos dignos de pertenecer como pueblo y como Estado a una comunidad de democracias civilizadas y que no queremos seguir viviendo aislados de los dolores y esperanzas del mundo, ni regidos por poderes irresponsables ante la única soberanía del pueblo”. Firmaban, entre otros, Unamuno, Marañón, Menéndez Pidal, Simarro, Américo Castro y Azaña (a quien debían dirigirse las adhesiones). Como es sabido, España se incorporaría efectivamente a la organización ginebrina desde la fundación de esta en 1919, y el historiador y jurista Rafael Altamira sería designado juez del Tribunal Permanente de Justicia Internacional establecido en La Haya.

Ahora bien, España no fue admitida en la mesa de las conversaciones de paz. Romanones, jefe de gobierno y ministro de Estado desde el 5 de diciembre de 1918, acudió a París, a iniciativa y en compañía del embajador estadounidense en Madrid, y se entrevistó con Wilson el 20 de diciembre, entre las 20.30 y las 21.20. Nada muy concreto sacó de aquella conversación, salvo que el presidente americano consideraba con simpatía los puntos de vista españoles y que no había oído hablar del problema catalán. También conversó Romanones, sin mayor trascendencia, con Clemenceau, a la sazón presidente del Gobierno francés. Parece claro que la neutralidad deparó a España escasos frutos diplomáticos, aunque quizá debamos tener en consideración, a la hora de valorar ese hecho, los escasos resultados que la participación bélica tuvo para Italia y Portugal.

Tampoco consiguieron aprovechar la situación los nacionalismos catalán y vasco. La descomposición del imperio ruso y la reestructuración del mapa de Europa inspirada por Wilson crearon en Cataluña (tras la experiencia de la Mancomunidad desde abril de 1914 y la fallida Asamblea de parlamentarios en julio de 1917) expectativas de acceso a la autonomía, animadas por la *Lliga* a finales de 1918 y principios del 19, que se vieron pronto frustradas. Fue tomando más consistencia por entonces un nacionalismo separatista, inspirado

en el ejemplo irlandés. Sin embargo, a algunos promotores nacionalistas la guerra sí les fue provechosa en términos económicos. Los negocios de Ramón de la Sota al amparo de la guerra facilitaron la promoción del PNV; y Cambó consolidó su fortuna personal al gestionar como abogado la conversión en española de la filial argentina de la empresa eléctrica alemana AEG, amenazada de confiscación al final de la guerra.

La guerra estimuló, por otra parte, una reacción defensiva ante la presión democratizadora, la agitación obrera y los nacionalismos subestatales. Como explican los autores de un libro sobre los imaginarios nacionalistas españoles en el siglo XX, “las connotaciones militares y conservadoras de los símbolos oficiales se agudizaron desde los años de la Primera Guerra Mundial”²². No parece mera casualidad cronológica que el “Día de la Raza” fuera instituido como fiesta nacional celebrada el 12 de octubre, precisamente en 1918 (por el tercer gobierno del conservador Maura), ni tal vez que el pasodoble “Banderita” de la revista *Las corsarias*, dedicado, con sus símiles enológicos, a los soldados en Marruecos, fuera lanzado a la fama en 1919. Una campaña iniciada en 1915 promovió que en cientos de ciudades y pueblos de España se erigieran estatuas del *Sagrado Corazón*; y el 30 de mayo de 1919, en presencia del Gobierno en pleno (cuarto de Maura, que duró de abril a julio de ese año), Alfonso XIII consagró a España al culto del Sagrado Corazón de Jesús, al tiempo que inauguraba el correspondiente monumento en el Cerro de los Ángeles.

En suma, la sacralización de lo nacional promovida por la guerra impactó en España, con un sesgo militarista y religioso. Los pasos a favor de la secularización del Estado y de la supremacía del poder civil que podían derivarse de la victoria aliada en la Gran Guerra se estaban dando hacia atrás, y, curiosamente, por la presión de sectores más bien afines a quienes había perdido la guerra, como el ejército y la iglesia católica.

También el rey caminó en el sentido opuesto a la democracia. Acorralada por los apremios internos y los cambios en el contexto internacional, la Monarquía española involucionó hacia la Dictadura de 1923, siguiendo el ejemplo italiano en lugar del británico. Puestos a elegir entre democratizar el sistema parlamentario ya existente o promover una opción populista y autoritaria, el rey optó por la segunda, ante el aplauso de algunos (muchos germanófilos entre ellos), la oposición de unos pocos y la pasividad o el desconcierto de la mayoría. En su clásico libro sobre la España contemporánea, Raymond Carr resumió así la influencia bélica sobre el régimen alfonsino: “Fueron la guerra europea y sus consecuencias las que socavaron la monarquía constitucional en España; fue la guerra de Marruecos la que la destruyó”²³.

²² Javier Moreno Luzón y Xosé M. Núñez Seixas (eds.): *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona, RBA, 2013, p.67.

²³ Raymond Carr: *España, 1808-1939*. Barcelona, Ariel, 1970, p.481.

Sería exagerado afirmar que los enfrentamientos entre germanófilos y aliadófilos, aquella “guerra civil de los espíritus” como la llamó Ángel Ossorio y Gallardo, preparó la que se produjo dos décadas después, ya que, entremedias, pasaron muchas cosas que difuminan las posibles permanencias. La propia República española se asentó en unos principios democráticos que combinaban influencias francesas y alemanas: si se proclamó al son de *La Marseillesa* y su política educativa se inspiró en la de la Tercera República francesa, su Constitución tuvo como referente principal la de la República alemana de Weimar, y sus jefes de Estado fueron el exgermanófilo Alcalá-Zamora y el francófilo Azaña.

Pero también es verdad que, si rastreamos el pasado de los principales personajes públicos de ese tiempo, nos encontramos —con alguna excepción— una continuidad entre oposición de derechas al régimen republicano y pasado germanófilo (Herrera Oria, Goicoechea, Calvo-Sotelo...), y entre republicanismo y pasado aliadófilo. A muchos protagonistas del entendimiento republicano-socialista que dio fundamento a la República (Araquistain, Azaña, Álvarez del Vayo, Albornoz, por mencionar los que empiezan por A), “la aliadofilia democratizante fue la primera iniciativa u oleada que los unió”, según se señala en un estudio reciente²⁴.

La idea de que los horrores de la Guerra Civil española tuvieran que ver con los de la guerra iniciada en 1914 está presente en *La Velada en Benicarló*, el diálogo que Azaña escribió en 1937, en el que Eliseo Morales “escritor”, que encarna la dimensión intelectual del propio Azaña, evoca en un par de ocasiones la Gran Guerra en relación con la presente. Dice, entre otras cosas: “El estallido atroz que despedaza a España y sus ejemplos de crueldad son frutos del contagio venido de fuera. Desde la guerra de 1914, oleadas de barbarie y violencia sumergen a Europa”.

Cuando Azaña escribió esto, faltaban poco más de dos años para que una oleada todavía mayor de barbarie y violencia sumergiera a Europa y a buena parte del mundo. Podemos especular con que la guerra civil que destruyó a la República recogiera un eco más o menos lejano de los debates y tensiones que había suscitado la Primera Guerra Mundial. Caben, en todo caso, pocas dudas de que la tragedia española fue el prólogo, o el primer acto, de una Segunda Guerra Mundial ante la que los españoles volverían a dividir sus opiniones, esta vez con aún más claras y perentorias motivaciones que en la primera.

²⁴ Navarra Ordoño, p.218.

Nota biográfica

Feliciano Páez-Camino Arias es doctor en Historia contemporánea y licenciado en Filología francesa. Ha sido catedrático de Geografía e Historia en un instituto de Madrid y profesor asociado en varias universidades (Complutense y Carlos III de Madrid; La Sorbona-París IV).

Es autor de publicaciones que tratan, entre otros temas, sobre el mundo en el periodo de entreguerras, la política y la cultura en la España contemporánea y acerca de la enseñanza y difusión de la Historia.

Colabora asiduamente con la UMER, siendo sus últimas conferencias “La historia en la obra de Manuel Azaña” (Cuaderno UMER nº 76), “Españoles en Argelia: conquistas, migraciones, exilios” (nº 80) y “1914: significación histórica de la Gran Guerra (nº 83).

Es autor de la novela de base histórica *En el sabor del tiempo* (Madrid, Huerga & Fierro, 2012).

CUADERNOS DE U.M.E.R.

Nos. 1 al 60 agotados. Pueden consultarse en la página web www.umer.es

Nº 61: "Barrio de Maravillas, de Rosa Chacel". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 62: "Breve historia de la Estadística y el Azar". Benita Compostela Muñiz.

Nº 63: "Miguel Hernández (1910-1942), *en el sabor del tiempo*". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 64: "Los retos de la educación para la ciudadanía". Luis María Cifuentes.

Nº 65: "Las mujeres en la Ciencia". Antonio C. Colino.

Nº 66: "Miguel Hernández. Con tres heridas: la de la muerte, la del amor, la de la vida". María Jesús Garrido.

Nº 67: "El Banco de España: funciones e historia". Enrique Ortiz Alvarado.

Nº 68: "Carmen de Burgos: La voz de los sin voz". Carmen Mejías.

Nº 69: "Del *Cantar* del Cid a Cernuda: El destierro en la poesía española". Feliciano Páez-Camino.

Nº 70: "El conflicto árabe-israelita: génesis y nudo". Francisco Acebes del Río.

Nº 71: "Filosofía de la risa". Augusto Klappenbach.

Nº 72: "Hipoteca inversa". Antonio Martínez Maroto.

Nº 73: "Muchachas que trabajan". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 74: "Antonio Machado: Soñando caminos". María Jesús Garrido Calvillo.

Nº 75: "Sobre la historia del teatro musical español: la zarzuela y sus alrededores". Juan Carlos Talavera.

Nº 76: "La historia en la obra de Manuel Azaña". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 77: "Machado, Lorca y Hernández. Los poetas de la guerra". Víctor Agramunt Oliver.

Nº 78: "Envejecimiento activo y participación". Loles Díaz Aledo.

Nº 79: "La Constante: mina de leyenda en Hiendelaencina". Ana Parra y Gloria Viejo

Nº 80: "Españoles en Argelia: conquistas, migraciones, exilios". Feliciano Páez-Camino

Nº 81: "Vejez y sabiduría". José Segovia Pérez

Nº 82: "Medios de comunicación en España. El reto de contarlo en una hora". Joaquín Sotelo

Nº 83: "1914. Significación Histórica de la Gran Guerra". Feliciano Páez-Camino

Nº 84: "Escritoras pioneras del Siglo XX en España. Cuando la literatura era cosa de hombres". Julián Moreiro

Nº 85: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca (Umer) 2009-2014". Umer

Nº 86: "La ciencia descubre, la industria aplica, el hombre se somete". José Segovia

Nº 87: "España ante la Primera Guerra Mundial". Feliciano Páez-Camino